

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

DE BARCELONA

A la inglesa

Estamos en plena política inglesa. El conde de Romanones ha dado comienzo a la europeización de nuestra vida pública, antes en Toledo, rodeado de algunos centenares de comensales, y después en Zaragoza, asistido de algunos centenares más. El ex-presidente del Consejo, llegó a la invicta ciudad, bajó del tren, montó en un auto, dirigióse a la Catedral, oró ante la Pilarica y le pidió inspiración y bríos para combatir, en el discurso que iba a pronunciar inmediatamente, el nefasto clericalismo que nos corroe. Europeismo puro: Gladstone clavado.

Así! Las cosas claras y las actitudes bien definidas. Pero si es tal la congruencia que existe entre el acto y el discurso, no es mayor la que se observa entre las diversas partes de esa admirable pieza oratoria. El genial y desopilante estadista vino a decir, en resumen, literalmente ó entre líneas: que había que combatir á muerte la reacción clerical, pero que no se la podía combatir ni á primera sangre por estar tan arraigada; que el partido liberal había acabado con los inquisidores de 1909 (Vadillo, Sánchez Guerra, Ugarte, Besada, La Cierva, etc.) pero que Dato y sus amigos y los que comparten ó acatan esta situación (Vadillo, Sánchez Guerra, Ugarte, Besada, La Cierva, etc.) ya no son inquisidores; que la impopularidad de Maura ha hecho imposible su vuelta al poder aunque esa impopularidad no era personal sino refleja, puramente refleja y endosada por dichos hombres que antes eran inquisidores y ahora ya no lo son; y, finalmente, que se gloria de haber hecho posible la ida á Palacio de don Melquíades Alvarez, aunque en el discurso del Congreso le dió con la puerta de la Armería en las narices.

A esto llamamos, en la España de los comienzos del siglo XX, un hombre de Estado y el jefe indiscutible del gran partido liberal. Pero, en fin, sea como sea, así ha empezado la obra «política á la inglesa» que el señor Dato anunció se proponía emprender, como nota modernista de los conservadores idóneos y que se ha contagiado á los idóneos de enfrente, esclavos unos y otros de este bello aforismo: las actas hay que ir á buscarlas en los distritos, no en el encasillado del Ministerio de la Gobernación.

Mientras este encasillado fermenta á pesar del aforismo, bueno sería que el señor Dato cumpliera lo que ofreció. Ahora hablamos en serio. Lo que viene sucediendo desde la crisis de octubre de 1909 es un equívoco continuado. Para salvar la situación, cada día más embrollada á consecuencia de esta suma de equívocos, se acumula otro nuevo y más grave. Para desenredar la madeja se hace el nudo más diabólico. Para desvanecer la confusión nos confundimos más y más, y queremos explicar lo dudoso por lo más dudoso: *obscurus per obscurius*. Es hora de que se diga todo. La oferta del señor Dato estaba muy puesta en razón. Ignoramos todavía en virtud de qué principios y de qué métodos de gobierno ocupa el poder la situación actual.

Toda la prensa del bloque la aplaude por entrañar el triunfo del veto y la proscripción de la antigua política del señor Maura, el señor Maura se considera de puesto de su jefatura desde el 27 de octubre; los ministeriales y el propio señor Dato, un día aparentan ser continuadores de aquella política ó meros depositarios del poder y al día siguiente hacen resaltar satisfechos una significación de discrepancias y rectificaciones que nadie sabe á punto fijo en qué consisten y que nadie se atreve á proclamar con franqueza, de cara á la opinión. ¿En qué país, con un enigma de esa índole y en vísperas de unas elecciones generales, se toleraría tal sigilo? Hay que hablar: el señor Dato tiene el deber de explicarse y sucesivamente se habrá de pedir lo mismo á los demás elementos involucrados en ese equívoco, empezando por el señor Maura.

La vida política

Como ya parece haber perdido actualidad el asunto de los hermanos Mannesmann, la atención vuelve á la política y á la campaña de propaganda electoral que han comenzado los liberales. El conde de Romanones ha reunido sus adeptos de Zaragoza para recordarles que allí se formó el famoso bloque y esto que parece una especie de conmemoración merece que se tenga en cuenta y comente porque indica que en el partido liberal, en su rama más frondosa, no ha entrado todavía ni el propósito de la enmienda ni el dolor de corazón por haber pecado.

Aquello del bloque no es para recordado sin que los que lo iniciaron y mantuvieron tengan sobrados motivos para no vanagloriarse de un acto que convirtió á un partido monárquico en prisionero de

los republicanos, habiendo tenido que ejercer el poder en esa desdichada situación. El bloque tuvo por origen una cosa que se llamó anticlericalismo y de la cual, después de mucho ruido, no se ha vuelto á recordar nadie. Por entonces se predicaba un verdadero equívoco: se daba á entender que los liberales, en cuanto llegasen al poder, iban á acabar con todas las comunidades religiosas ó lo que es lo mismo: que estaban dispuestos á realizar en forma legal lo que la golfería de Barcelona había iniciado en la semana trágica y con esto se alagaba á las masas que atribuían á los conventos todas sus desdichas públicas y privadas. El engaño era manifiesto y se ha demostrado en los años de gobierno de los liberales. Ninguno de aquellos oradores pensaba hacer nada contra las órdenes religiosas y además sabían todos que los planes demagógicos que respecto de este punto dejaban entender, no podían llevarse á cabo por muchas

tienen un sentido gubernamental, sino de aquellos que representan un radicalismo más exaltado y una tendencia más anárquica.

El bloque trajo el famoso indulto de los reos de Cullera, aquel indulto que no pudiéndolo conceder más que el Rey, pareció que lo otorgaban los mismos correligionarios de los autores de los atentados; aquel indulto en que el partido liberal se cuidó muy poco del prestigio real, del prestigio del Monarca á cambio de conseguir para los ministros responsables el aplauso de los bloquistas de todos los colores y todos los matices.

Conmemorar el acto de Zaragoza es conmemorar todo esto, es volver á las andadas valiéndonos de una frase vulgar, es repetir el error á sabiendas de que se yerra, es continuar una política que ha suscitado contra la monarquía verdaderas dificultades resueltas por la intervención personal del monarca y por las sim-

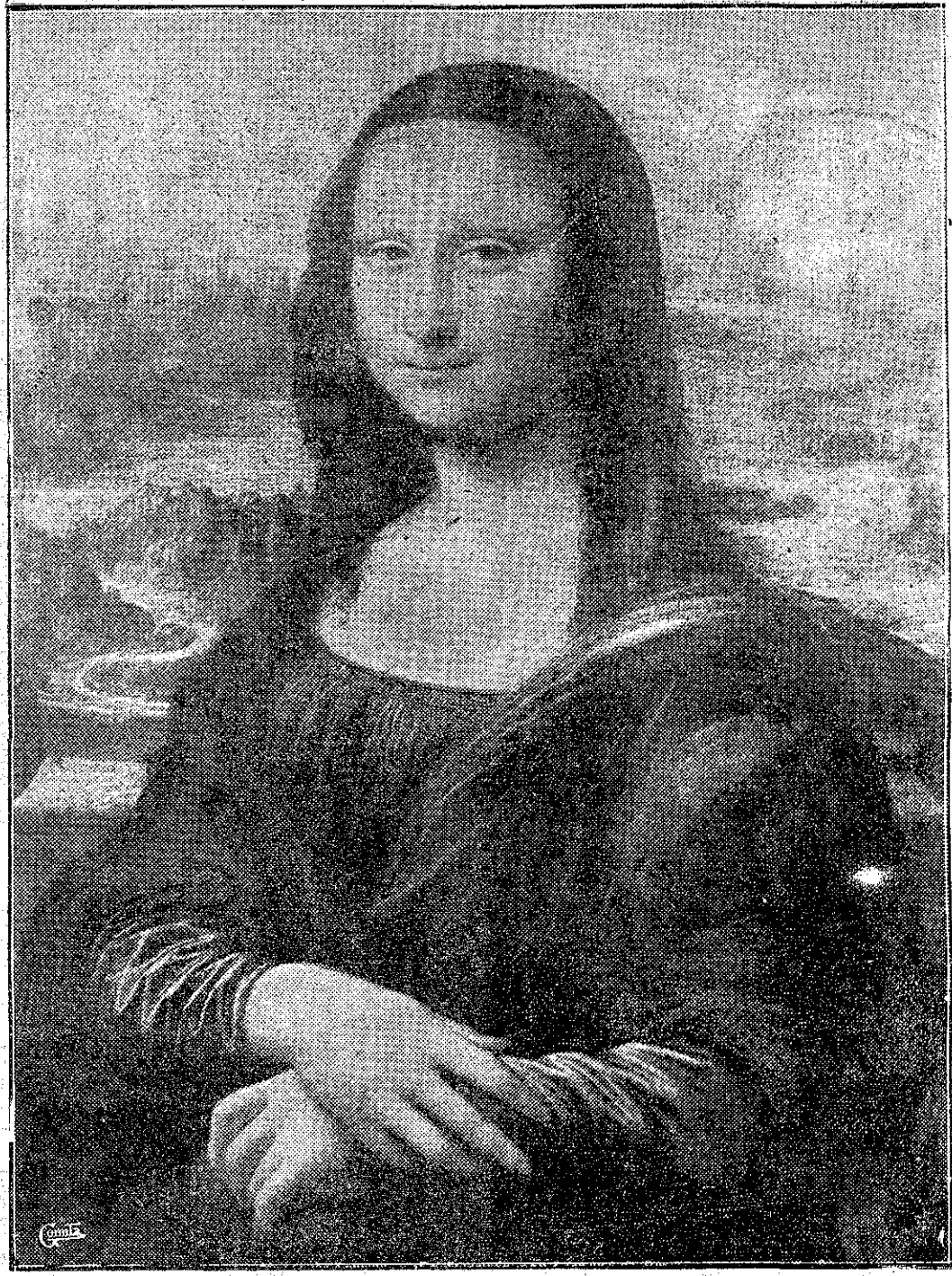
cia de ministros constitucionales del temple del conde de Romanones que no se van á paseo hasta que lo tienen por conveniente aunque les falte el apoyo del Parlamento y no sabemos si el de la Corona, porque hay políticos como aquel simpático é ilustrado ministro del moderantismo, el señor Esteban Collantes, que diría con su habitual franqueza en pleno Congreso:

—A mí cuando he ocupado el poder me han tenido que echar á tiros porque sino no lo abandono.

No ha habido necesidad de tanto para que el conde de Romanones dejara el poder; pero resulta según su propia declaración que se ha mantenido en él por la fuerza porque á eso equivale gobernar contra la mayoría de la nación representada en Cortes. Eso es lo que se suele llamar ejercer una dictadura. Pero todavía hay algo más curioso en esto que pudieramos llamar confesiones del jefe del grupo mayor del partido liberal; ha dado á entender que tampoco el señor Canalejas podía fiarse mucho de la mayoría que él confeccionó. En esto es testigo de mayor excepción el conde de Romanones; como presidente del Congreso que fué, mientras el señor Canalejas gobernó, debe estar muy enterado de las conjuras y catipunanes que se organizaron para dar al traste con el Ministerio.

Por eso, sin duda, se fió poco de los diputados cuando sustituyó al señor Canalejas en el poder á consecuencia del trágico fin de este hombre público; conocía perfectamente el paño y la malicia hace suponer que quizá lo conocía por haber ayudado á trabajarlo. Veremos si el día que el señor conde de Romanones haga unas elecciones es más afortunado con la mayoría que resulte. Siempre es malo familiarizar á un partido con la indisciplina y en esta obra ha tenido mucha parte el conde de Romanones.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR



La actualidad.—El célebre cuadro conocido por «La Gioconda», robado del Louvre y que acaba de ser recuperado en Florencia

razones, aunque tal hubiera sido su voluntad.

No habrá ninguna sinceridad en tales propagandas, habrá sólo el propósito de buscar el aplauso de los que conceden los honores de la populachera á los oradores en las reuniones públicas. La consecuencia fué que al impulso de esas masas subieron al gobierno los liberales y de él han caído sin poder llevar á término ninguno de aquellos programas que formaron el bloque y que les captaron las simpatías del radicalismo. Si las multitudes reflexionasen bastaría este desengaño para no volver á escuchar á los que de tal modo juegan con sus pasiones; pero se olvidan tan pronto los actos de los políticos que no nos extrañará que vuelvan á ser creídos al repetir sus ofrecimientos de reformas.

Con el bloque derribaron á los conservadores los liberales y continuaron desde el poder por la inercia una campaña que tendía al descabellado fin de anular á uno de los partidos monárquicos; esta obra tampoco se ha podido conseguir, por fortuna de todos, porque el partido conservador ha vuelto al poder, y aunque atraviesa un momento difícil por la noble actitud del señor Maura, es de esperar que la crisis pase y se reanude la comunión espiritual del jefe y de la hueste para bien de la patria y de las instituciones. No se consiguió con el bloque otra cosa que alentar á los republicanos á unas osadías de lenguaje á que no estábamos acostumbrados y á juntar en un grupo elementos tan heterogéneos y de significación tan opuesta como los que representan el señor Azcárate y Pablo Iglesias. Todo el gobierno del señor Canalejas fué caracterizado por el influjo en la política de los republicanos; pero no de los que son benévolos con la Monarquía y

patias de que disfruta en la opinión. Claro es que los liberales que no pueden referir á la opinión lo que han hecho en el poder para ganarse su voluntad, tienen que acudir á lo que han hecho en la oposición y á lo que piensan realizar en lo futuro. Lo sorprendente es que haya quien crea todavía en programas de Gobierno y en promesas de bienandanzas de imposible realización, según ha demostrado una larga experiencia.

El conde de Romanones ha vuelto á lo de la soberanía del poder civil, á lo de la secularización del Estado y á tantas otras frases huecas y de relumbrón con que se vienen llenando los discursos de propagandas electorales. Esas vaguedades no se concretan jamás ni por medio de definiciones claras ni por medio de leyes. Constituyen toda la sustancia de la retórica electoral y las oiremos en todos los discursos que se pronuncien desde aquí á la reunión de Cortes.

A cambio de tanta frase vieja el conde de Romanones ha dicho en Zaragoza algo verdaderamente nuevo; mientras ha sido Presidente del Consejo ha gobernado sin mayoría y por eso se abstiene de reunir el Parlamento. Es el primer caso, creemos en que un gobernante que se ha sentido sin el apoyo de las Cortes ha tomado el camino de clausurarlas en vez de marcharse á su casa. Muy lejos se halla esta doctrina constitucional de la de Luis XVIII, que no era un monarca muy democrata, que digamos, y que expresaba su respeto al régimen en esta forma familiar:

—Yo les pregunto á mis ministros todas las tardes si tienen mayoría en las Cámaras; si me dicen que sí me voy tranquilo á paseo; si me dicen que no quien se va á paseo son ellos...

Luis XVIII no contaba con la existen-

Cotidianas

Si, señores; como íbamos diciendo, las señoritas tienen razón, muchísima razón, doscientos cincuenta y siete kilogramos de razón, al quejarse de que los hombres, que siempre tratan de aparentar galantería y se perfuman y se acicalan para agradarlas, las tratan sin consideración alguna, negándoles toda clase de derechos, desde el derecho de sufragio hasta el derecho de tomar la iniciativa en amorosas lides. Esto último, sobre todo, las exaspera; y las exaspera (hay que confesarlo con lealtad y con franqueza) muy justamente. Reconociéndolo así, yo me asoció á la exasperación de las señoritas.

¿Por qué las señoritas han de aguardar pacientemente á que nosotros vayamos á ellas para declararles nuestro amor y solicitar el suyo? Yo no acabo de comprender qué mal hay ni por qué causa puede censurarse á una señorita que, enamorada de un joven por su gallardía, ó por su dinero, ó por su talento, se acerque á él y le diga:

—Caballero, me es usted muy simpático, yo le quiero mucho y deseo llevarle á usted al altar... si es que usted se deja llevar á él.

La mujer tiene también su corazoncito, más ó menos chiquitín, y ese corazoncito adorable tiene perfectísimo derecho á elegir libremente al corazoncito gemelo. Nada de particular hay en ello, y hasta parece lo más natural, porque al fin hay más amor en el sexo bello que en el sexo... que no es ni será nunca bello.

Pero nosotros somos así — yo no, el que lo sea —, cada vez nos ponemos más imposibles y vamos resultando ya como el perro del hortelano, que ni comemos ni dejamos comer al amo. No sólo negamos á las bellas el derecho de solicitar nuestro amor, sino que ni á tiros solicitamos ya el suyo, sobre todo desde que usan esos sombreros que llevan como apéndice una pequeña escoba en actitud de barrer el firmamento.

Es necesario que nos dejemos seguir por la mujer y amar por la mujer y permitirle que nos lo diga si no nos damos cuenta de ello. Y es necesario también que, por tener yo que ocuparme de este transcendental asunto de sociología, tenga paciencia — y me dispense que no le complazca — el amable caballero que ha tenido la bondad de escribirme suplicándome que defendiera al tango argentino...

CAROLÍN

DE LA ESPAÑA MEDITERRANEA

Enseñanzas

Nuestros dos artículos «Sobre un discurso de Azorín» han interesado á muchos. De todas partes nos preguntan: «¿Y á qué causas atribuye usted tales efectos? ¿A qué atribuye usted que ese pueblo menorquín sea tan morigerado, tan culto, tan civil, tan industrial?»

¿Causas? Mejor será que anotemos hechos. La propiedad de la tierra está en Menorca muy dividida. Aun cuando haya propietarios de grandes extensiones de terreno, las heredas son pequeñas. El propietario vive en continuo contacto con la tierra: no la arrienda; la da en aparcería. Es socio del labrador y, como tal, labrador á su manera. Aporta él la tierra; el aparcerero la semilla y el trabajo; luego parten los frutos por mitad: los granos, las legumbres, el ganado, los productos de la industria agrícola. La paja, lo sforrajes, el pasto y alguna vez una parte de ciertos granos se quedan para el ganado. Cuando esto no basta para mantenerlo, compran por